

El reloj

Diego Suárez Martínez

Image not found.

Capítulo 1

Son las nueve y media ya, vas a llegar tarde.

Miro el reloj, -no mamá, el reloj marca aún las siete y media-.

-Cuándo aprenderás que ese reloj está sin pila. Levanta, vas a llegar tarde como siempre.

Muevo mi cuerpo hasta la silla aunque mi mente aún está en aquella carrera interminable -luego llego a la meta- pienso sin crearme mi propia mentira y agarro los primeros harapos que veo y la mochila. Voy a la cocina a por un calmante para mi enfurecido estómago. -Ahí tienes un judío para tu mañana, león- le digo en mis pensamientos. A veces mi vida parece un circo. Vuelvo a la habitación por un momento.

Se me ha olvidado coger la cartera. No es por el dinero, no tengo, pero es que ahí tengo el abono para coger el tren. Vuelvo a mirar el reloj. Las siete y media, voy bien de tiempo.

En el portal justo antes de enfrentarme a las inclemencias del tiempo me encuentro al vecino que sube ya con el pan a su casa. -Yo ya he pasado bastante frío en mi vida, ahora os toca a los jóvenes- dice. Sonrío y respondo con un gruñido parecido a una afirmación. Abro la puerta y salgo.

Miro al suelo. No necesito mirar al cielo y quedarme con la boca abierta para saber que hace frío. Ya lo siento en mi piel. -Si lo sintiese en los huesos tendría un problema bastante serio- pienso. Sonrío. Ojalá hubiese alguien cerca para escuchar aquel comentario tan ingenioso. Pienso en contárselo luego a mi novia. Sé que no lo haré. No soy tan sociable con la gente como lo soy conmigo mismo. Enfilo la calle que va a dar a la parada del tren y saludo al fontanero cordialmente. Me devuelve el saludo.

Hace ya cuatro meses que debía haber subido a mirar una urgencia en la caldera.

Podríamos estar muertos por un escape de gas. Sería gracioso leer la noticia al día siguiente en el periódico Familia muere en un escape de gas. El fontanero del barrio declara que en la última revisión todo se encontraba en perfecto estado.

Por fin llego a la boca del metro. Mientras bajo por las escaleras voy sacando la cartera para poder coger el abono. Llego a los tornos y comienza una estampida de gente. No sé si estoy en la boca del metro o en la boca del infierno. Da igual, los dos están bajo tierra según dicen. Corro yo también. Llego justo en el momento exacto para r cómo las

puertas se cierran en mi puerta. Voy con tiempo, aún deben de ser las siete y cuarenta y cinco. Allí abajo no puedo escuchar la radio así que me entretengo leyendo la propaganda que el alcalde ha hecho poner por todos los andenes.

“Gracias a mi gestión los trenes en nuestra ciudad pasan cada ocho minutos todos los días a todas las horas”.

Miro al contador que marca la venida del próximo tren. 10 minutos. - Bravo por el alcalde- pienso. Paso los siguientes minutos de mi vida contemplando el ir y venir de la gente y si puedo escucho alguna conversación. Una mujer lleva a un bebé en un carro y dos señores mayores vienen de hacer la compra. Hay una chica quejándose porque en la tienda donde trabaja no hay wifi. Miro hacia el suelo. No necesito mirar el contador para saber que el tren aún no ha llegado.

De repente escucho un fuerte viento aproximándose hacia mí. Una de dos, o es el tren o definitivamente hoy no hace buen tiempo. Es el tren. El ciempiés eléctrico llega y me invita a adentrarme en sus vísceras. Acepto su cortesía. -Pero solo será un momento amigo- le digo en mis pensamientos no muy convencido de que pueda escucharme. Me apoyo en la puerta que permanece cerrada al otro lado del andén.

Espero que no se rompa el cristal y me pierda en aquel inmenso hormiguero que hay bajo nuestros colosales nidos.

Llego a la siguiente parada y me bajo. Tengo que hacer transbordo. Llego a las escaleras, las subo por mi propia voluntad puesto que las escaleras mecánicas llevan estropeadas ya tres meses. Justo segundos antes de alcanzar el torno saco de la cartera el abono. Esbozo una mueca que parece decir -soy un temerario-. Miro el abono. Miro mi foto. No estoy sonriendo demasiado. Nunca entendí por qué la gente sonríe siempre en las fotos. Supongo que la pintura siempre superará a la realidad en su propio campo de juego. Imbuido en mis debates antisistema noto un golpe en la espalda. Miro por encima del hombro. Si mirase por debajo parecería una gallina. Es un viejo conocido del instituto. Solemos quedar alguna que otra vez para charlar. Es una de las pocas reminiscencias de mi pasado a excepción de las fotografías. A lo mejor la realidad no está tan superada por la ficción. -¡Cuánto tiempo! Cómo has cambiado.- me dice sin esperar a que me recomponga del sobresalto. -Ya ves, aquí estamos- digo aunque estoy yo solo -tú también has cambiado bastante-. Buen remate para mi intervención. Seguro que le he devuelto la sorpresa. La conversación sigue con ambos usando frases tópicas. y una gran posibilidad de que al subir al próximo tren no me acuerde de casi nada de lo que dice. Le dejo seguir hablando para acordarme de más cosas.

Por fin llega el tren. Nos despedimos y se va cada uno a un vagón. No sé si estoy en hora. La última vez que miré un reloj eran las siete y media.

Saco un libro de la mochila y me pongo a hojearlo con lentitud. Así parece que estoy leyendo y consigo entretenerme. De vez en cuando miro por la ventana para despejar un poco la vista. Los paisajes son muy dispares. Algunas veces el cemento de los andenes no está pintado, otras veces sí lo está. Otra razón por la que siempre me llevo un libro conmigo es para tener un motivo por el que mirar hacia abajo. Si mirase hacia arriba vería a la gente mayor tratando de asesinarme con la mirada por no ceder mi asiento. Mientras paso de página miro a los pies de esta gente. Las mujeres suelen llevar zapatos de tacón o cuña negros. Así también me dolerían a mí los pies aunque me cuadruplicuen en edad. Estoy inmerso en mi profunda lectura del granulado del papel cuando una voz de mujer robótica me sorprende

-Próxima estación...- Es mi parada. Miro al altavoz. Pobre mujer, debe sentir demasiada claustrofobia metida ahí dentro todo el día diciéndonos lo que ya sabemos. Esa mujer podría ser mi madre. Me preparo para salir del tren. Tengo que prepararme con un poco de antelación porque sino la gente se agolpa y no te deja pasar. Al bajar las escaleras del vagón se me vuelve a la cabeza la misma imagen de antes. En menudo hormiguero vivo. Veo cuerpos decaídos desfilando uno tras otro con cara de no tener ni una triste pareja. Si tuviesen cara de tener un póker estarían radiantes. Unos cuantos caminan con paso lento e inseguro. La mayoría corre. Esos son los más decadentes Por fin solo tengo que hacer un transbordo más. Me siento a contemplar el paso de los trenes de media distancia por el mismo andén por el que debería pasar mi tren.

Me concentro en esconder el cuello bajo la chaqueta mientras observo a esos horribles monstruos exhalando gritos de dolor al frenar. Por la fachada diría que parecen trenes de vapor así que trato de descubrir dónde se encuentra la caldera. Sé a la perfección que esos ciempiés no funcionan con carbón ni ningún tipo de combustible que no pueda suministrar yo mismo a mi teléfono móvil pero hasta que no abandonen la estación no podré subir a mi tren. Tengo que ceder el paso al tiempo de algún modo. Se acerca una mujer con el rostro afilado, ojos rasgados y media melena. Con un serio problema de dagogía me pregunta dónde se coge el tren a un pueblo. Miro a los lados buscando a alguien con un letrero gigante indicándome la respuesta. No hay nadie. Me encojo de hombros y le confirmo mi ignorancia sobre el tema. Se marcha un tanto contrariada.

Por fin subo al tren. Este transbordo es un poco más entretenido. Siempre hay gente joven con platos en las orejas para inhibirse de su alrededor. Me compraría unos de esos si no me diese tanta vergüenza. Además el paisaje ya no es tan monótono.

Ahora no solo tengo cemento sin pintar y cemento pintado, ahora tengo campos marrones y secos y algún que otro árbol. Aquí ya no necesito

fingir que miro al suelo.

No suele haber gente mayor y si la hay tienen asientos de sobra. Cada año está más vacío el tren aunque también es cierto que los que permanecen en él visten mejor.

Llego justo segundos antes del hombre que se cree mi jefe. Cuando se dirige a mí le sostengo la mirada sin un solo pestañeo. Sé que eso le incomoda porque ninguno de los que me rodean lo hace. Eso me reconforta. Además de enfrentar nuestras miradas asiento como si le estuviese escuchando. No es un asentimiento como el de otros, que parecen estar movidos por un muelle. Es más bien un asentimiento imperceptible, no como el paso del tiempo.

Por fin salgo de vuelta a mi casa. El retorno es aún peor porque ya es de noche, y de noche los campos marrones son negros y los árboles son manchas. El cemento no cambia, no como la piedra. Por lo menos en eso conseguimos superar a los romanos.

Al entrar por la puerta mi madre está hablando por teléfono. Como siempre. Voy a mi habitación a dejar la mochila, la cartera y la chaqueta. Me siento a meditar sobre lo productivo que ha sido el día. Al rato escucho a mi madre despedirse de la persona al otro lado de la línea. Sus pasos llegan hasta el marco de la puerta de mi habitación.

-¿Qué tal el día?- pregunta de tal forma que casi parece estar expectante por mi respuesta. -Bien- respondo -Un día más supongo-. Pero contra todo pronóstico decide no acabar ahí la conversación -Vamos a cenar.- Yo no tengo hambre y aún me parece muy pronto, todavía puedo hacer muchas cosas antes de acabar la jornada y así se lo hago saber. Ella no se da por vencida -¿Que aún es pronto? ¿Pero sabes qué hora es?- Miro al reloj y confirmo mis sospechas. No ha pasado el tiempo por mí. Aún son las siete y media.